

## DOMINGO FLETCHER VALLS, EN EL RECUERDO

*POR Antonio Beltrán*

Con dolor por su pérdida de la que no logramos consolarnos, pero con la satisfacción que produce el cumplir con un afectuoso deber, nos sumamos al homenaje que el «Centro Arqueológico Saguntino» dedica a la memoria de Domingo Fletcher, gran amigo en lo personal y, en lo profesional, adalid, durante muchos años, de la arqueología valenciana, siempre y en todo con la sencillez y la valía que le eran característicos. Una inscripción romana de Cartagena, funeraria, expresaba con ternura la divergencia entre los propósitos y los resultados de un semejante homenaje de afecto; tosca la piedra y poco hábil la escritura y el trabajo del «ordinator» motivaron el que la dedicatoria se cerrase con «ut potuit, non ut voluit». Pues lo que sigue podría cerrarse con análoga disculpa, aunque difícilmente podría ponerse más afecto en el recuerdo, si bien ya hubiera que decir que lo escrito estuviese más de acuerdo con lo que quisiera que con lo que puedo.

Me complace que estas líneas aparezcan en Sagunto donde hice mis primeras armas en trabajos de campo de la mano de mi padre, Pío Beltrán Villagrasa, comisario local de excavaciones arqueológicas cuando ni soñaba en que mi buena fortuna me llevaría a una cátedra de Arqueología de Zaragoza primero y a la de Prehistoria de la misma Universidad después.

He estado vacilando y no poco sobre el tema que cubriría estas palabras de recuerdo y afecto, dudando entre los de numimástica o los de mundo ibérico, que asociaron en su día los trabajos de Fletcher y los míos. Pero pienso que cualquiera de ellos será tratado con mayor competencia y actualización por los jóvenes colegas que, sin duda, figurarán entre los firmantes de esta colectánea. Y he decidido limitarme a contar, como en una íntima conversación, recuerdos y referencias supongo que olvidadas ya por muchos, puesto que ha caído sobre ellos bastante más de tres cuartos de siglo, y se refieren a vivencias en la universidad valentina y en el S.I.P., aunque luego no dejáramos de estar en perpetua comunicación hasta bien poco antes de su muerte. Y debo añadir que nunca le llamé Fletcher, sino Domingo, en tanto que para él

nunca fui Beltrán, sino Antonio, lo que explica no pocas cosas. A tales recuerdos e intimidades quiero añadir el texto de un artículo que redactamos a medias, sobre inscripciones ibéricas, de las que tanto sabía y de quien tanto aprendí.

### PEQUEÑA CRÓNICA DE UNA AMISTAD UNIVERSITARIA

Se fraguó nuestra segura y permanente amistad cuando coincidimos en las aulas universitarias del caserón de la calle de la Nave estudiantes ambos de Filosofía y Letras por los años 1932 a 1936, si bien tal coincidencia no se repetía en todos los cursos puesto que él, un par de años mayor que yo, estudiaba curso a curso completos y por mi parte, al mismo tiempo, dedicaba mi atención a la carrera de Derecho y escogía las asignaturas que los horarios hacían compatibles. Fui así compañero de Fletcher, San Valero, Jordá y algunos más muy recordados junto con alguna compañera como la que se convirtió en esposa de Domingo, y la amistad entablada fue tan profunda que luego busqué las asignaturas «sueeltas» que me permitían compartir discencia con quienes iban a ser aliados de fatigas arqueológicas durante muchos años.

El vínculo de unión complementario fue don Luis Pericot, profesor universitario, que había dejado la Universidad de Santiago donde su maestro Bosch Gimpera pretendía mantenerle pensando en que era campo abonado para un prehistoriador serio, pero que don Luis, tratando de acercarse a su Cataluña de origen, había abandonado, aún a trueque de que las enseñanzas que impartía fuesen no de su especialidad, sino nada menos que de Historia Moderna. Lo que no enseñaba en las aulas podía recibirse de él en el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación Provincial, institución pionera en las tareas prehistóricas españolas, con biblioteca copiosa y seleccionada, frente a la total ausencia de libros especializados en la Facultad y gobernado por una pléyade de investigadores de toda clase capitaneados por don Isidro Ballester Tormo, que suplían todas las carencias con un entusiasmo sin límites.

En la Facultad trabajamos, es un decir, con Domingo Fletcher, en el «laboratorio» de don Luis Gozalvo y con el apoyo de mi padre en las monedas (especialmente una excelente colección de denarios de la República Romana) y en las numerosas clases que no nos agobiaban demasiado y hasta podría contar los papeles que nos repartíamos en las clases de latín de don Francisco Alcaide, no demasiado versado en la lengua de Virgilio, lo que nos convertía en comentaristas y explicadores de textos que escribíamos en la pizarra y en las filosofías baratas que nacían de divertidas discusiones en las clases, del mismo profesor cuya era la asignatura, de «Introducción a la Filosofía» con la sabrosa lectura de la «Introducción a la Sabiduría», de Luis Vives, según auto-

rizaba la estatua de bronce que presidía el patio y claustro y tutelaba nuestra formación que estimábamos que nos pondría en posesión de un título universitario en 1937, sin contar con que los españoles resucitaron tribalismos desatados y convirtieron las aulas y las bibliotecas en campo de batalla y en escenario de todas las intemperancias.

Pero mi amistad con Domingo Fletcher continuó y aún diría que se acrecentó, como ocurrió con Jordá y San Valero que accedieron más tarde a cátedras de Prehistoria e Historia Antigua, en tanto que Fletcher, cuya biografía académica no es cometido de estas notas, dedicaba sus tareas a obtener plaza en el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos y, a la larga, a dirigir el Servicio y su Museo con la seriedad que imponía a todas sus actividades.

No pretendo, ni mucho menos, trazar su retrato. Pero hay varias anécdotas que pueden ayudar a esbozarlo o, por lo menos, reflejar aspectos de su personalidad. Aún no habíamos alcanzado nuestras metas profesionales y yo, entonces director del Museo de Cartagena, vencí su timidez para que viniese conmigo a un curso del Instituto de Estudios Ligures, en Bordighera, que dirigía Nino Lamboglia, y le seduje para que un fin de semana tomásemos un tren nocturno, y hurtando horas al sueño, pasásemos un día en Roma viendo museos y aprendiendo cosas vertiginosamente, a paso de carga, hasta que pasadas bastantes horas un «¡ché, Antonio pietat!» enfriase si no mis entusiasmos al menos mis ímpetus y mostrase más sosiego y sensatez del que yo imponía. Ya director del S.I.P. intenté que un Congreso Nacional de Arqueología tuviese lugar en Valencia —ahora se prepara uno para 1999 y será el primero, dentro de la categoría de los nacionales que se celebre— y sus excelentes dotes de administrador, de buen administrador mejor dicho, me hicieron desistir porque pensaba que la solución a los infinitos problemas económicos del centro que dirigía se vería dificultada si las «autoridades» gastaban el poco dinero existente en reuniones y actos semejantes. Y un tercer dato: hablaba él normalmente en valenciano y hacía gala de una socarronería y sentido del humor muy de la tierra. En una ocasión me envió un libro suyo —nos enviábamos cuanto escribíamos— de prehistoria valenciana, en valenciano y yo bromé con él diciéndole que mi larga ausencia de tierras valencianas me había hecho olvidar el valenciano, según comprobaba al leer sus prosas y encontrarme con la sorpresa de que no entendía buena parte de ellas. Me consoló diciéndome que no me preocupase, pues él tampoco entendía lo que habían «normalizado» del original que escribió.

Lo que nació en la Universidad continuó en el S.I.P., «el servicio» hoy en espléndida instalación tanto como centro de investigación cuanto como museo, con el que la Arqueología española tiene contraída una importante deuda. Entonces en el palacio de la calle de Caballeros en el que una destartalada sala servía de biblioteca, de despachos y de seminario o lugar de encuentro.

## EL SERVICIO DE INVESTIGACIÓN PREHISTÓRICA DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

Era este centro, mal instalado pero cordial y entrañable, por los años inmediatamente anteriores a la Guerra Civil, uno de los primeros especializados de España, llegó a él de la mano de mi padre, avalado por la amistad de una de las personas que más influyeron en mis vivencias científicas, don Luis Pericot, y contando con la protección del director del Servicio, abreviado su nombre en S.I.P., porque comenzaba entonces a imponerse la moda de las siglas, don Isidro Ballester Tormo, que no se cansaba de repetirme machaconamente que me olvidase de prehistorias y arqueologías y que me dedicase a aprender lo infinito que sabía mi padre de monedas: «Serás el mejor numismático de España si aprendes la mitad de lo que sabe tu padre», me decía; pero aunque tenía razón no le hice mucho caso, como suele suceder, y comencé a tener el mismo interés por el Paleolítico que por los visigodos, por las inscripciones ibéricas que por las lápidas romanas y en lo tocante a monedas por las de cualquier tiempo.

El «Archivo de Prehistoria Levantina» era la publicación de respeto a la que acompañaban la «Memoria» de actividades del año anterior, editada por la Diputación, que con su parva apariencia ocultaba noticias de primerísima importancia y una serie de monografías científicas de una solidez excepcional.

El S.I.P., además, contaba con la única biblioteca especializada de Valencia y una de las pocas de España abierta generosamente a cuantos la necesitaban.

Pericot decidió que debería ponerse orden en los dispersos conocimientos que dominaban la Prehistoria de España y asignó a Jordá el Paleolítico, a San Valero el Neolítico, a Fletcher lo ibérico y a mí las monedas. Y con el encargo cumplimos lo mejor que pudimos y algunos muy bien, y cuando los Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas rompieron el aislamiento español y se celebró una reunión en Madrid, de la que fui secretario, cada uno de nosotros redactó un librito de síntesis y actualización sobre los temas que Pericot nos había encomendado siendo muchachos.

Luego la contienda fratricida y la postguerra disolverían aquel grupo, aunque no lo separarían, y en las particulares guerras civiles de los prehistoriadores Fletcher gozó del aprecio de todos y su lealtad le impulsó a respetar su amistad con el profesor Martínez Santa-Olalla que gobernaba con cierta tiranía la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas y la cátedra de Historia Primitiva del Hombre, que la generosidad hispana había creado para dar acogida a Obermaier como una asignatura del doctorado en la Universidad Complutense.

Dejando los entresijos de estas pugnas de las que casi nadie salía bien

parado, como mi padre andaba a vueltas con la escritura ibérica y la lengua a que servía, y dado que yo redactaba y ponía en orden los papeles de mi padre, estaba escrito que me encontraría con Domingo Fletcher en todas las encrucijadas de tan apasionante estudio. Se plasmaría esta coincidencia en un artículo que escribimos a medias para el homenaje al profesor Schüle que incluiré al final de estas notas para que haya una pizca de seriedad en lo que se escribe.

Aunque casi todo lo que sabía en los años que rememoro lo aprendí en casa, con los libros y cabeza de don Pío y algo en las bibliotecas públicas y de los amigos de mi padre que me enseñó a idolatrar los libros sin olvidarme de la vida y de lo que no está encerrado en ellos —he dicho algunas veces que me serví un opíparo banquete con las migajas que caían de su mesa de sabiduría— importante en grado sumo fue lo que pude recibir en el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación Provincial de Valencia, uno de los primeros especializados de España, donde conocí, tal como se ha anticipado, a don Luis Pericot y al director del Servicio. Don Luis Pericot, por divertida paradoja, enseñaba en la Universidad Historia Moderna, pero dedicaba sus esfuerzos al Paleolítico, recompensados por el sensacional y perturbador hallazgo de la cueva del Parpalló, en Barig (Gandía). En el S.I.P. y su museo, que se alojaba entonces en el ostentoso Palacio de la Generalidad, en la calle de Caballeros, se reunían los prehistoriadores invariablemente a última hora de la mañana y surgían mejor «tertulias» que seminarios de enorme efecto práctico; preguntas, consultas y exposición de opiniones no buscadas fueron enseñanza permanente; con los citados aparecían en el pequeño local polivalente Vidal, permanentemente sosteniéndose los pantalones con los antebrazos, pues no disponía de libertad en los brazos, ya que iba cargado permanentemente de libros y carpetas. Chocomeli con asombroso olfato de prospector, Gonzalo Viñes, Alcaicer, Esteve, Nicolau Primitiu, Pla, sobrino de don Isidro, mucho más tarde con la generación de jóvenes y, en suma, cuantos tenían algo que enseñar o que aprender en la arqueología valenciana sin olvidar a «Salvaor» Espí, capataz, restaurador y, como se dice en mi tierra, «estraleta de mano», que servía para todo. El S.I.P. tuvo conmigo la gentileza y ayuda de que Salvaor viniese a restaurar los tuestos de mis primeras excavaciones en el impresionante yacimiento hallstático del Cabezo de Monleón de Caspe.

El «Archivo de Prehistoria Levantina», la «Memoria», y las monografías de singular importancia que permitían mantener un lucido intercambio científico cuando los caminos del extranjero estaban cerrados para nuestros centros de investigación.

Y en la Universidad y el S.I.P. se fraguó la profunda amistad que me unió con Domingo Fletcher.

## PÍO BELTRÁN Y EL GUDUA DEISDEA

Uno de los vínculos que se anudaron en tal época y en dichos lugares fue el nacido de la lectura de una inscripción pintada sobre una cerámica de Liria acendrado en la épica lucha que mi padre entabló respecto de la traducción como «llamada de guerra» y de su lectura por el vasco moderno en la que, con algunos reparos, se alineó Domingo Fletcher. Una excursión al cerro de San Miguel, con Domingo Uriel como guía y antes de que se regularizasen las excavaciones, nos permitió a Fletcher y a mí tomar contacto con los materiales que el maestro de Liria iba recogiendo con paciencia. Recuerdo como si fuera hoy los planteamientos que don Isidro hizo respecto de una metodización de las futuras excavaciones. Y naturalmente la avidez con la que mi padre se lanzó sobre el texto en cuestión y el que Fletcher compartiese mis comentarios y las ideas de mi padre sobre el tema. En 1935 apareció un parvo trabajito de Pío Beltrán sobre inscripciones ibéricas pintadas sobre las cerámicas de Liria,<sup>1</sup> que, como todos los suyos, ordené y pasé a máquina partiendo de dispersas cuartillas manuscritas a las que añadí no pocas pretenciosas sabidurías propias de mis floridos 18 años.

No tuvo repercusión de inmediato la renovación del vasco-iberismo que de las lecturas de Pío Beltrán se deducía, pues la guerra civil de 1936 desvió la atención de los eruditos hacia otros temas candentes. Pero sería caballo de batalla en los años cuarenta la traducción que por el vasco moderno hizo mi padre de «gudua deisdea» como «llamada de guerra» y ocasionó que al menos media docena de artículos suyos que redacté y airadas intervenciones posteriores mías en su defensa expuestas en reuniones científicas fueran por el camino entusiasta y espinoso del «vasco-iberismo» y sus dificultades. Los filólogos, por una parte, y los vascos deseosos de no tener nada que ver con los iberos, por otra, arremetieron sañudamente contra la lectura y traducción y contra su autor y hasta hubo quien, refiriéndose al catedrático de matemáticas, sentenció un «zapatero a tus zapatos» tan agrio como el que dejó Fedro en su fábula para uso general. Mi padre que disfrutaba de la buena salud mental y de la madurez que dicen que la tierra de Los Monegros otorga a sus hijos dejó que el tiempo convenciera a los incrédulos de la parte de verdad que defendía y que las intemperancias decayesen por su propia injusticia; pero el hijo se envistió de cruzado en defensa del padre hasta que en una reunión convocada por Pericot, en San Sebastián, Julio Caro Baroja hizo la alabanza del trabajo de don Pío Beltrán y Antonio Tovar admitió públicamente —y recuerdo sus palabras públicamente— que «ibero y vasco tienen semejanzas esporádicas, pero profundas». Traigo a colación la

<sup>1</sup> PÍO BELTRÁN, «Notas sobre el estudio de las inscripciones ibéricas en cerámicas de San Miguel de Liria», en *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1934*, Valencia 1935, p. 48, cf. *obra completa*, I, Zaragoza 1972, 251.

anécdota porque fue pasto de conversaciones interminables entre los aprendices de arqueólogo de aquellos tiempos y, por descontado, mías y de Domingo Fletcher. Y seguirían los contactos directos, en las innumerables reuniones científicas en las que coincidimos y en mis constantes visitas al S.I.P. cada vez que visitaba Valencia, lo que hice frecuentemente mientras vivieron mis padres, y en forma epistolar, pues mantuvimos una activa correspondencia en la que siempre aparecían temas científicos adobados con la buena amistad asociada a nuestra comunicación.

Nuestro último contacto personal fue en Valencia, cuando Domingo pasaba por el dolor de la pérdida de una hija, cuando había trasladado su domicilio para estar con ella en los años de ancianidad, apenas dejamos unos minutos para las piadosas rutinas del momento y circunstancia, pero estuvimos más de dos horas en una conversación que asió tanto lo divino como lo humano, sin saber que sería nuestra postrera comunicación. Salieron a relucir tiempos lejanos y las realidades de entonces, el estado de la Prehistoria fuera y dentro de España y especialmente la valenciana, los Congresos de Arqueología, doliéndose de no haber aceptado que uno se celebrase en Valencia, las publicaciones que ambos teníamos entre manos y cuanto nos vino del corazón a la boca.

Una de las últimas de carácter científico fue a cuenta de un hallazgo fortuito de Botorrita donde yo excavaba y de un francés, Jacques Touchet, que hacía objeto de su predilecciones y consultas a Fletcher y, en menor medida, a mí y que acababan publicadas en la revista *Mediterranée*. Hablamos mucho del tema y decidimos dar mayor seriedad a una de estas historietas redactando con los nombres de ambos y sin separar la parte que a cada uno tocaba en el empeño —he de reconocer que la mayor y mejor suya— en la forma en que se incluye a continuación con la transcripción convencional de los signos ibéricos a los latinos que usaba Domingo Fletcher habitualmente.

No pretende la nota que sigue actualizar lo mucho que se ha escrito y discutido sobre Botorrita y sus inscripciones, añadiéndose dos latinas a la importante ibérica, de lengua celtibérica que ha logrado popularizarse y que fue objeto del XXV coloquio de la Sociedad Española de Lingüística, celebrado en Zaragoza el 11 de diciembre de 1996 y será publicada en el número 26, 1 de la revista de la indicada sociedad. Intervinimos en tal puesta al día con los profesores Rodríguez Adrados y Jaime Siles, mi hijo Francisco Beltrán y yo mismo y se llegó a interpretaciones coincidentes, con las debidas discrepancias menores, hasta el punto de que el doctor Terrado resumía que «tras veinticinco años de investigación, la primera inscripción de Botorrita ha dejado ya de ser un enigma impenetrable». De cualquier modo los misterios del mundo ibérico, de su alfabeto y de la aplicación a la escritura celtibérica han sido quizá el punto de encuentro de aficiones y trabajos de Domingo Fletcher y el autor de estas líneas, lo que justifica con creces el que se cierren estas intrascendentes líneas de recuerdo, respeto y homenaje con el único artículo que firmamos juntos.

## DOS INSCRIPCIONES IBÉRICAS DE CONTREBIA BELASICA (CABEZO DE LAS MINAS, BOTORRITA, ZARAGOZA)

por *Domingo Fletcher y Antonio Beltrán*

En el número 24 de la revista *Mediterranéa* publicaba su director Jacques Touchet un artículo sobre los nombre antiguos de Zaragoza en cuya segunda parte daba noticia de dos inscripciones con escritura ibérica halladas en la provincia de Zaragoza por el escultor señor Tapia, sin precisar cómo habían llegado a su conocimiento ni cuál era el lugar del hallazgo.<sup>2</sup>

Dejando aparte el contenido fundamental del artículo, los nombres de Zaragoza, el interés de ambas inscripciones, hizo que uno de nosotros solicitase más amplia información sobre ellas, acompañando la carta de petición de breves comentarios sobre uno de los textos que dicho señor tuvo la atención de publicar, en extracto, en la citada revista, junto con una amable respuesta suya.<sup>3</sup> Desconociendo la procedencia de las piezas nos sugería en su carta que nos pusiéramos en contacto con los señores Tapia, de Zaragoza, padre e hijo, escultores renombrados, quienes proporcionaron toda la información deseada, autorizando la publicación de las dos inscripciones.

Queremos testimoniar desde estas líneas nuestro más sincero agradecimiento a los señores Tapia por su gentileza en atendernos en nuestra consulta, así como por las excelentes fotografías que acompañan a este trabajo, de las que son autores.

Las piezas fueron halladas hace unos quince años según el informe de los señores Tapia en el Cabezo de las Minas, de Botorrita, sede de la antigua población celtibérica de Contrebia Belaisca, ceca monetaria con emisiones de piezas de bronce, y poblado que se extendía desde la acrópolis del Cabezo hasta las orillas del río Huerva y del arroyo Regallo. Por desgracia proceden las piezas cerámicas con las inscripciones de hallazgos fortuitos y no se conocen detalles sobre el lugar exacto o las condiciones del terreno que podrían añadir un dato más a los obtenidos por las excavaciones que, desde 1970, se desarrollan tanto en la «acrópolis» como en las laderas del cerro, por las que se extiende un importante núcleo urbano celtibérico que prolongó su vida, en la zona baja hasta época republicana romana e imperial, entre Nerón y los Flavios, según denuncian las excavaciones de 1986-1987.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> J. TOUCHET, «Des noms antiques de Saragosse», *Mediterranéa* 24, Carcassonne 1980, pp. 20-28.

<sup>3</sup> D. FLETCHER VALLS, «Reflexions sur le texte de la fusaiole de Zaragoza», *Mediterranéa* 25, Carcassonne 1986, pp. 42-43, y J. TOUCHET, «Reponse au Dr. Domingo Fletcher Valls», *ibidem*, p. 42.

<sup>4</sup> Las noticias sobre excavaciones en A. BELTRÁN, «Excavaciones arqueológicas en Contrebia



Aparte de las inscripciones monetales, son numerosos los rótulos con alfabeto ibérico aparecidos en Contrebia Belaisca, la mayor parte en rebuscas fuera de las excavaciones y en éstas el famoso bronce que ha dado lugar a una extensa bibliografía citada en la nota 4 y una serie de inscripciones menores que dimos a conocer en 1983.

Las nuevas inscripciones de la colección Tapia son las siguientes:

1. *Fusayola*, arcilla, 37 mm. de diámetro. La inscripción está compuesta por nueve signos del alfabeto ibérico oriental, puntuados en círculo en una de sus bases, decorándose el cuerpo por medio de líneas puntuadas en zigzag. Hacemos constar que cuando aplicamos el calificativo «ibérico» a esta u otras inscripciones de Botorrita nos referimos al alfabeto y no a la lengua y es bien conocido que los celtíberos, en cuyo territorio estuvo Contrebia Belaisca, no poseyeron alfabeto propio y adoptaron el ibérico.

Los signos fueron correctamente interpretados por Touchet, pero a través de su versión del alfabeto que no coincide con el habitualmente utilizado, por lo que tampoco coinciden su lectura y la nuestra.<sup>5</sup> Hay que anotar también que, al estar escrito el letrero en círculo, comenzó su lectura por el final, según nuestro juicio, resultando de todo ello que la interpretación que ahora damos puede considerarse como inédita.

Transliteramos S-E-S-I-N-E-N-W-I.

El nombre *Sesin* se encuadra en la serie de los numerosos *Sosin* con sus variantes considerado por los especialistas como nombre propio y, salvo algunas excepciones, como de estirpe ibérica.

---

Belaisca», *Noticiario Arqueológico Hispánico* 14, Madrid 1982, pp. 319-364, y las posteriores en *Boletín del Museo de Zaragoza* 2, 1983, p. 222; 3, 1984, p. 283, y *Arqueología Aragonesa* 1984, Zaragoza 1986, p. 69. Una visión general de los problemas en Antonio BELTRÁN, «Las excavaciones de Contrebia Belaisca: Síntesis cronológico-cultural», *Veleia* 2-3, Vitoria 1985-86, p. 265. Antonio BELTRÁN, Antonio TOVAR, Eduardo PORTA, *Contrebia Belaisca I (Botorrita, Zaragoza)*, *El bronce con alfabeto ibérico de Botorrita*, Zaragoza 1982. A. BELTRÁN, «La inscripción ibérica sobre bronce, de Botorrita», *Anejos del Archivo Español de Arqueología. Homenaje a D. Pío Beltrán*, VII, 1974, p. 3 ss.; «El bronce ibérico de Botorrita y su contexto arqueológico», *Caesaraugusta* 51-52, Zaragoza 1980; «El bronce de Botorrita: Pueblos y cecas», *I Simposium sobre los Celtíberos*, Zaragoza 1987, p. 43. Javier de Hoz y Luis MICHELENA, *La inscripción celtibérica de Botorrita*, Salamanca 1974. Michel LEJEUNE, «La grande inscription celtibérique de Botorrita (Saragosse)», *Comptes rendus des Séances de l'année 1973, Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, París 1974, p. 622. Juan MALUQUER DE MOTES, «El bronce escrito de Botorrita», *Pyrenae* 10, Barcelona 1974. A. TOVAR, «Las inscripciones de Botorrita y de Peñalba de Villastar y los límites orientales de los celtíberos», *Hispania Antiqua* 3, 1974, y trabajos diversos en las *Actas de los coloquios sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, I, Salamanca 1976, y II, Tübingen (Salamanca), 1979. Cf. en las obras citadas las referencias a artículos de Schmidt y Fleuriot. Filippo MOTTA, «Per una interpretazione della faccia B del bronzo di Botorrita» y «Onomástica contrebiense», *Aion* 2, 1980.

<sup>5</sup> J. TOUCHET, *Reflexions sur l'alphabet iberique de Gómez Moreno*, Carcassonne 1984.

*Sosin* se encuentra muy extendido por territorio ibérico, bajo las formas *Sosin*, *Susin* y ahora *Sesin*, variante que coincide con la lectura que diera uno de nosotros <sup>6</sup> de la palabra cuarta de la cara A, línea segunda, del plomo de la Bastida de les Alcuses, en donde el signo lo leímos como E, frente al criterio de otros autores que lo leen como O.

Aparte de esta coincidencia con el *Sesin*, de La Bastida, hay que subrayar que el territorio de los Sosinestanos que figura en la «tabula Contrebiensis» estuvo entre Alaun y Salluie, es decir, entre Alagón y Zaragoza, por la orilla derecha del Ebro y por consiguiente a poco más de una veintena de kilómetros de Contrebia, siendo notable los contactos con los iberos de dicha zona por donde discurría la acequia de riegos que provocó el conflicto resuelto por los magistrados de Contrebia en una época en que las diferencias culturales entre celtíberos e iberos debían ser mínimas y sus contactos estrechos, y no sólo por la utilización de los mismos alfabeto y numerario, sino por las relaciones que el citado bronce revela.<sup>7</sup>

Aparte de la coincidencia con el *Sesin* de La Bastida a que nos referimos este letrero ofrece dos morfemas que acompañan al nombre. El final *-enwi* lo encontramos en Enserune (ANAIOSAR-ENWI, 1,36; OSIOBAR-ENWI, 1,59; KOBAKI-ENWI, 1,53, etc.), en el Palomar de Oliete (EIKETAR-ENWI), en Narbona (BODUR-ENWI), etc.

En opinión de Antonio Tovar el morfema *-en* expresa la idea de posesión o pertenencia, lo mismo que sucede en vasco, por ejemplo *nere aitaren* = «de mi padre».

Con respecto a *wi* se han formulado muchas opiniones respecto a su significado, dándole el valor de posesivo (Untermann) o como pronombre personal de primera persona *NI* = *yo*, en vasco o también como posible forma verbal.<sup>8</sup> Uno de nosotros lo interpretó como el dativo «a ti» al leer el final de la estela de un ibero enterrado en Cagliari como una dedicatoria, en la misma forma que en el vasco «a ti», «para ti», tal como estudió detenidamente Miguel Beltrán.<sup>9</sup>

<sup>6</sup> D. FLETCHER VALLS, «El plomo ibérico de Mogente (Valencia)», *Trabajos Varios del S.I.P.*, 76, Valencia 1982.

<sup>7</sup> Guillermo FATAS, *Contrebia Belaisca (Botorríta, Zaragoza). II. Tabula Contrebiensis*, Zaragoza 1980. Debe anotarse que en la «tabula» el nombre es Contrebia Balaisca, Bel(aisca) en las monedas, cuyos rótulos se escriben mediante un alfabeto que a causa de los signos bilíteros no puede expresar las oclusivas inmediatas, lo que convierte Contrebia en Contebacom. Cf. Miguel BELTRÁN LLORIS, «Problemas en torno a la ciudad de Contrebia Belaisca», *Congreso Nacional de Numismática de Salamanca*, *Numisma* XXVI, Madrid 1976, p. 71.

<sup>8</sup> J. SILES, *Léxico de inscripciones ibéricas*, Madrid 1985.

<sup>9</sup> A. BELTRÁN, «Sobre las inscripciones ibéricas de Cerdeña», *Boletín del Seminario de Arte y*

Tal vez el morfema que estudiamos tenga el valor de genitivo, *de y*, de acuerdo con el sentido de propiedad que se atribuye a estos sufijos podríamos interpretar el letrero por **propiedad de Sesin** o **pertenezco a Sesin**, en la forma que el famoso cubilete hallado en el taller de Fidias, en Atenas, se leía *Feidio ei mi*.

En otros textos aparece sólo el morfema *-wi*, tal vez por expresar suficientemente el sentido de propiedad (de fulano).

2. *Pátera campaniense*. En su parte externa, cerca de la base, aparece un texto latino inciso, postcocción, en tres líneas (Lam.II) que leemos y transcribimos así:

E-S-A-U-N-O-S  
S-O-N-KU-E-S  
TA-S-I-KU-M

El tercer signo de la segunda línea está escrito como W, pero lo interpretamos como *M* y como *BE*, como se ha querido leer en el bronce de Luzaga; si hubiera alguna duda la despejaría el último signo de la cara A, tercera línea, del bronce de Botorrita, con la misma forma y el típico final *-kum* (*Berganticum*). Esta forma del genitivo del plural es celtibérica lo mismo que el final *Esasunos*, en la misma forma que encontramos en el bronce de Botorrita, donde se repite el nombre de la persona, el de la tribu y el del padre; es el caso de *Lesunos*, *Useisunos*, *Tirtanos*, *Melmunos*, etc., como el *Letondunos* de la lápida del Museo de Ibiza, *Edukenos* de Albalate del Arzobispo, etc.

El sufijo *-os / -nos* se interpreta como nominativo del singular o del plural, pero también como genitivo del singular acompañando a un nombre propio, con lo que resultaría de *Esauno*, lo mismo que *Letondunos*, genitivo de *Letondu*, *Lesunos* de *Lesso*, *Tirtanos* y *Educenos* como nominativo del singular. Se plantea, pues, la duda si hay que considerar *Esaunos* como un nombre propio en nominativo o en genitivo, siempre en los nombres celtibéricos.

En relación con *Soskues* hemos leído el signo W como *M*, pero también podría imaginarse un error del escriba grabando este signo W en lugar del ibérico *M* (*S*) invertido o quizá acostado, en cuyo caso daría el nombre *Soskues* que nos aproxima al *Utaoskues* del citado bronce, con el comienzo *Sos-* que encontraría paralelo con algún nombre propio de población o tribu.

El morfema *-kues* se considera como enclítica en los textos celtibéricos: ¿podría en este caso desempeñar tal función (*Som-kues*) o formaba parte del nombre (*Soskues*)?

---

*Arqueología de la Universidad de Valladolid* 16, 1950, p. 17, y «Sobre la palabra ibérica YI», *VI Congreso Arqueológico del Sudeste Español, Alcoy, Zaragoza 1950*, p. 211. Miguel BELTRÁN LLORIS, «Problemas en torno al signo ibérico Y», *Miscelánea Arqueológica*, I, Barcelona 1974, p. 141.

TASIKUM hemos de considerarlo como un gentilicio, indicativo de agrupación tribal, como los *Annicum*, *Bolgondiscum*, *Siriscum*, *Tindilicum*, *Urdonicum*, etc., mencionados en la «tabula Contrebiensis»<sup>10</sup> o los del bronce ibérico de Botorrita,<sup>11</sup> el *Abulocum* de Ibiza,<sup>12</sup> así como en la tésera Fröhner hallada en Botorrita, etc., todos ellos claramente celtibéricos. Frente a ellos los finales en *-kun* podrían considerarse característicos de la zona de habla ibérica.<sup>13</sup>

Parece útil repetir algunos de los nombres de la cara B del bronce de Botorrita que pueden ser definitorios para la interpretación de los de la pátera que publicamos:

*lubos counesicum melmunos bintis*  
*letondu litocum abulos bintis*  
*melmu barausanco lesunos bintis*  
*aiu bercanticum abulos bintis*  
*tirtu aiancum abulos bintis*  
*letondu uicanicum suostunos bintis*  
*tirtanos statilicum lesunos bintis*  
*letondu aiancum melmunos bintis*  
*useisu aiancum tauro bintis*  
*abulu aiacum tauro bintis*  
*letondu leticum abulos bintis*  
*letondu esocum abulos bintis*

Si nos fijamos en la «tabula Contrebiensis» se cita a seis personajes celtíberos, uno ibero y uno vasco en la misma forma (*Lubbus Urdonicum Letondonis f. praetor*, *Leso Siriscum Lubbi f. magistratus*, *Babbus Bolgondiscum Ablonis f. magistratus*, etc. ... *assius* ... *eihar f. salluiensis* y *Turibas Teitabas f. (allavo)n(ensis)*).

Nos hallamos, pues, ante un texto celtibérico, como corresponde a la situación geográfica de Contrebia Belaisca, cuya interpretación podría ser una de las siguientes:

*Esasunos Somkues Tasikum* .... *Esasunos y Som de la tribu de los Taso*  
*Esasunos Somkues Tasikun* .... *Esasunos Somkues de la tribu de los Taso*

<sup>10</sup> G. FATAS, *op. cit.*, p. 89.

<sup>11</sup> BELTRÁN-TOVAR, *op. cit.*, pp. 37, 38.

<sup>12</sup> PÍO BELTRÁN VILLAGRASA, «La estela ibérica de Ibiza», *II Congreso Arqueológico Nacional, Madrid 1951*, Cartagena 1952, p. 309.

<sup>13</sup> D. FLETCHER VALLS y V. MESSEGUER FOLCH, «Inscripción ibérica de San Mateo (Castellón de la Plana)», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LVII, Castellón 1981, pp. 203-209.

*Esasunos Somkues Tasikum* .... *De Esasu y Som de la tribu de los Taso*  
*Esasunos Somkues Tasicum* .... *Somkues, hijo de Esasu de la tribu de los Taso.*

Todas estas lecturas son meras sugerencias, aunque nos inclinaríamos por la última simplemente por comparación con las nóminas, esencialmente de la cara B del bronce de Botorrita. No hemos sabido localizar cita alguna de una población de nombre Taso o de un gentilicio Tasicum, cosa que no debe extrañar, pues de todos los nombres de las inscripciones ibérica o latina de Botorrita solamente *Berganticum* se aproxima al hidrónimo del río Bergantes y ni siquiera conservamos el nombre del «municipium Elaisium» aparecido en un objeto de bronce de Botorrita que tiene en estudio Francisco Beltrán, habiendo una notoria discordancia entre los datos de las fuentes escritas o numismáticas y las relaciones epigráficas que comentamos.<sup>14</sup>

Terminaremos subrayando el interés que tienen las dos inscripciones motivo de este artículo. En primer lugar porque aportan nuevos elementos de estudio y, sobre todo, porque en el problema de la situación fronteriza de Contrebia, en las proximidades del límite entre iberos y celtíberos, que debía estar en María de Huerva, a escasos 2 kilómetros de Botorrita, el nombre de *Sesin* de la fusayola y sus morfemas *-en* y *-wi* son indudablemente ibéricos, mientras que el texto de la pátera, tanto por sus elementos básicos (*Esasu-*, *Som-* y *Tasi-*) como por los sufijos a ellos unidos (*-nos*, *-kues* y *kum*), ha de encuadrarse, también sin dudas, en el habla celtibérica.

<sup>14</sup> Cf. A. BELTRÁN, «El bronce de Botorrita: Pueblos y cecas», cit. donde se plantea este problema y la aparente anomalía de discrepancias entre los escasos nombres de tribus y pueblos recogidos por los textos clásicos y los numerosos que realmente existían, denunciados bien sea por la descripción detallada de una campaña (Bargusios, Arenosios, etc.) o por la nómina de la cara B del bronce de Botorrita.

